

David Alegre Lorenz

Colaboracionistas

Europa occidental
y el Nuevo Orden nazi



Galaxia Gutenberg

DAVID ALEGRE LORENZ

Colaboracionistas

Europa Occidental y el Nuevo Orden nazi

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2022

© David Alegre, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 128-2022
ISBN: 978-84-18807-86-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Javier Rodrigo,
amigo, confidente y maestro.
Por no esconderte nunca ante nada,
por todo lo que me has enseñado,
por ser apoyo incondicional,
por todo lo que compartimos.
Este libro es también tuyo.*

Índice

Acrónimos y abreviaturas	13
Introducción. Una historia continental: colaboracionismo y ocupación en la Segunda Guerra Mundial	19
1. Los inciertos años treinta: la Gran Depresión, el ascenso del fascismo y la guerra civil española	33
El impacto de la Gran Depresión en Europa	36
Alemania, 1933: la llegada del nazismo al poder y el fascismo europeo	53
Europa, 1934: un hito en el proceso de radicalización política	69
España, 1936: la guerra civil como encrucijada de la contrarrevolución	80
Los refugiados judíos y españoles en la agenda política europea de finales de los años treinta	97
2. La ocupación de Europa Occidental: políticas imperiales y germanización en la construcción del Nuevo Orden, 1940-1941	103
El universo mental del primer voluntariado escandinavo de las Waffen-SS	108
Las políticas para la germanización de Europa Occidental y su integración en el Reich	115
Las particularidades de la ocupación alemana en Bélgica y Francia	135

3.	El colaboracionismo europeo ante la hora de la verdad: la cruzada contra el bolchevismo y la operación Barbarroja, 1941	149
	La creación de las unidades nacionales de voluntarios y la lucha por el poder en el Nuevo Orden	150
	Motivaciones, perfiles sociales y conflictos del colaboracionismo militar en Europa Occidental	177
	Combate y exterminio en el Frente Oriental: los voluntarios germánicos de la Wiking y el despliegue de las unidades nacionales	194
4.	Guerra total y sometimiento del colaboracionismo europeo, 1942-1943	211
	Imaginar y construir el Nuevo Orden: los desplantes del Reich y la agenda política de los colaboracionistas	213
	Christian Schalburg y el nazismo danés.	229
	Entre el Frente Oriental y la Europa Occidental: conflictos y lucha por el poder en España y Valonia	248
5.	El Nuevo Orden acorralado: caos y guerras civiles, 1943-1944	257
	¿Guerras civiles dentro del Nuevo Orden? La resistencia contra el colaboracionismo y la respuesta armada del fascismo europeo	262
	Insurrección popular y contrainsurgencia en la Dinamarca ocupada	266
	Las lógicas de la violencia en la Bélgica ocupada: resistencia vs. colaboracionismo	280
	Devolver golpe a golpe en los Países Bajos: terrorismo colaboracionista contra los opositores.	302
	Guerra contra el partisano en la posguerra española	309
	La sociedad francesa entre la resistencia y el colaboracionismo	312

6. Un continente en ruinas: derrumbe en todos los frentes, 1944-1945	323
Crisis terminal y conflictos internos en el seno del colaboracionismo europeo	327
Resistir hasta el final: la radicalización de las juventudes del colaboracionismo europeo y su alineamiento con el Reich	340
Léon Degrelle: un dios menor del fascismo europeo y el colaboracionismo francófono	355
7. El orden político-social en la posguerra, 1945-1950: depuración, actitudes sociales y memoria colectiva de la colaboración	365
Vuelta a casa, violencia y justicia: el colaboracionismo ante la realidad político-social de posguerra	366
Los Países Bajos de posguerra y la depuración: entre la urgencia social, la inviabilidad económica y la presión internacional	383
Las variables de la depuración en Europa Occidental y el papel de España: los casos Degrelle y Laval.	398
Conclusiones	413
Notas	423
Fuentes y bibliografía	509
Agradecimientos.	541
Índice onomástico y toponímico.	547

Introducción

Una historia continental: colaboracionismo y ocupación en la Segunda Guerra Mundial

Los hombres que, en el pasado, se ponían en pie de un salto en las cervecerías y hablaban a gritos sobre el destino, ahora tenían regimientos a su mando.

WILLIAM T. VOLLMANN, *Europa Central*

Resulta imposible condensar en menos palabras la esencia del fascismo como fenómeno violento y milenarista que fue, a su vez, el resultado de dos acontecimientos: el ascenso de las masas a la política y la era de la guerra total. Por eso mismo, pocos acontecimientos han sido capaces de transformar un continente entero de manera tan radical y traumática, y hacerlo en un periodo de tiempo tan breve. Tal cosa fue posible porque el fascismo contó con multitud de adeptos, simpatizantes y apoyos que encontraron en él un proyecto político colectivo donde sintieron que tenían cabida sus sueños, sus necesidades, sus esfuerzos y sus fobias. Pero también porque se encontró con una coyuntura histórica propicia, sin la cual tampoco se explica como fenómeno: la crisis económica de la década de 1930, la guerra civil española y la Segunda Guerra Mundial. Hombres y mujeres de toda Europa estuvieron dispuestos a todo con tal de cumplir sus objetivos, incluyendo diferentes formas de colaboración con las autoridades de una potencia, el Tercer Reich, que en muchos casos ocupó y explotó sin piedad sus propios países. Hablamos de los colaboracionistas, sujeto y objeto de este libro. Por mucho que no todos fueran militantes de partidos alineados con los valores del fascismo, fueron ellos quienes lo hicieron posible al intentar servirse de él, al utilizar sus herramientas y al ejecutar sus políticas.

Este libro muestra que William T. Vollmann acertaba al poner sobre la mesa el origen popular del fascismo europeo, alimentado por las pesadillas y los fracasos de hombres y mujeres corrientes de todo

el continente. Por mucho que los historiadores y la ciudadanía podamos perder la perspectiva, ni los mismos fascistas ni sus herederos de la extrema derecha han negado jamás esas raíces y dimensiones de una cultura política que, nos guste o no, también fue hija de la vida y la lucha en las calles. Esto incluía en un lugar destacado las cervecerías como un escenario preferente de sus actos públicos, a la par que punto de encuentro y desencuentro de la efervescente sociedad europea de la primera mitad del siglo xx, también en la Europa ocupada de los años cuarenta. De hecho, el mundo del fascismo careció de esa mística heroica, limpia y pura que reivindicaba en sus mitos, porque las cervecerías donde se gestaron muchos de sus planes y acciones tanto antes de la guerra como en el curso de esta solían ser más bien el escenario de peleas entre borrachos, de voces roncas que intentaban imponerse las unas sobre las otras o del olor a sudor reseco y a los vapores de la cerveza elevándose desde las mesas.

En lugares así tuvo lugar la politización de infinidad de europeos de la época, personas venidas desde todos los lugares del continente hacia las ciudades medias y las grandes urbes como Amberes, Gante, Bruselas, Madrid, París, La Haya, Ámsterdam, Trondheim, Aarhus o Copenhague. Muchos de ellos buscaban su lugar en un mundo que había sido muy estable durante siglos, pero que desde hacía varias décadas había empezado a cambiar de forma dramática e irreversible, sin que hombres y mujeres pudieran hacer nada por evitarlo. En muchos casos hablamos de individuos azotados por el trauma, la adversidad y la pérdida de rumbo; algunos de ellos habían sido niños hasta hacía unos años, y a menudo sus vidas se habían truncado con las guerras y las crisis económicas derivadas de ellas en la segunda y tercera décadas del siglo xx. Ya en plena era del fascismo, puede que Ivo Andrić fuera uno de los literatos que mejor supo plasmar en *Café Titanic* (1950) hasta qué punto muchos de los que devendrían fascistas y alimento del fascismo, esos mismos hombres que acudían a las cervecerías y cafés en busca de respuestas, eran parte de las ruinas del torbellino de la modernidad. A través de estas páginas el lector entrará en contacto con la realidad de aquellos europeos que en menos de dos décadas pasaron de escuchar y pronunciar mítines en las cervecerías y en los cafés, centros de la acción política del periodo, a las organizaciones colaboracionistas, a las unidades de combatientes y a los escuadrones de la muerte que afloraron por todo el continente entre los años treinta y cuarenta.¹

El nudo de esta investigación se centra sobre todo en la Segunda Guerra Mundial, apogeo del fascismo y paradigma por excelencia del acontecimiento global, dada la forma en la que resonó por todos los rincones del orbe, pero también por su condición de encrucijada para el conjunto de la humanidad. No por nada, los orígenes de la conflagración deben buscarse en los efectos devastadores de la crisis económica de la década de 1930 en Alemania y Japón, dos economías industriales avanzadas pero muy dependientes del exterior. En ambos casos, la imposibilidad de mantener en marcha sus respectivos rearmes, así como los procesos acelerados de concentración y expansión del capital, acabaron dando lugar a la confluencia de intereses entre sus élites económicas, políticas y militares. Sobre esta base se hizo posible el consenso para llevar a sus países a sendas guerras imperiales de conquista, ocupación, explotación y exterminio, con el objetivo declarado y conocido de superar esa posición de dependencia económica.² La guerra era el escenario ideal para ello, pues permitía explotar en beneficio propio los recursos naturales y las poblaciones de vastísimos territorios mediante su control directo o tutelado. Por eso mismo, durante el conflicto los autóctonos se vieron privados de la mayor parte de sus derechos más básicos en tanto que sujetos individuales y miembros de comunidades humanas preestablecidas, entre ellos el de decidir sobre sus propias riquezas o el de organizarse y protegerse frente al poder.³

Alemania y Japón llevaron a una nueva dimensión cualitativa y cuantitativa tanto sus reivindicaciones como los métodos empleados para alcanzarlas.⁴ En primera instancia, esto se explica por el hecho de que se enfrentaban a enemigos más poderosos a nivel industrial y demográfico, protegidos por obstáculos naturales difíciles de salvar. Esto requería que los ejércitos de ambos países fueran capaces de dar una serie de golpes rápidos y certeros que pusieran al servicio de sus economías los recursos humanos y naturales que tanto necesitaban. Lo que en ningún caso podían asumir era una guerra de desgaste prolongada. El éxito fulminante en el campo de batalla y la efectividad en la gestión y explotación de las conquistas eran las únicas posibilidades que tenían de cara a conseguir la consolidación, el reconocimiento y la aprobación internacional de sus proyectos imperiales, siempre por medio de la política de hechos consumados. En el caso más extremo de que la guerra se acabara alargando, como de hecho ocurrió, una radicalización de las políticas de ocupación alemanas y

japonesas constituía el único escenario posible para mantener vivo el esfuerzo de guerra y la disputa de la hegemonía mundial.⁵

Las potencias del Eje reivindicaban para sí algo que otros ya tenían, un imperio continental o de ultramar, y que además formaba parte del modelo económico capitalista, de la cultura del momento y de la forma de hacer gran política. La base sobre la que planteaban sus aspiraciones no era muy diferente: el supremacismo cultural-racial; y los medios para conseguirlo, tampoco: la guerra de conquista pura y simple. La diferencia más radical en el caso alemán, y la causa fundamental del escándalo generado por su manera de proceder, tuvo mucho que ver con dos hechos fundamentales. Por un lado, los imperios británico o francés se habían forjado y consolidado medio siglo antes, cuando el racismo vestido de afán civilizatorio o la utilización de la fuerza bruta en el sometimiento de los *pueblos inferiores* todavía no se cuestionaban de forma abierta y generalizada.⁶ Por otro lado, aunque no hay que olvidar los frustrados intentos de las autoridades del Reich por alcanzar un reparto de esferas de influencia con sus homólogas británicas, su expansionismo militar suponía una amenaza directa y un cuestionamiento de las potencias coloniales existentes. Finalmente, y desde luego no menos importante, las políticas de conquista y dominación alemanas iban dirigidas contra territorios y poblaciones de raza blanca y cultura cristiana.⁷ Así pues, no pretendo relativizar las consecuencias del fascismo. Sin embargo, el legado de las políticas imperiales de Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial no es tan distinto del que dejaron tras de sí en África y Asia otras potencias coloniales como Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Portugal o la propia España. Integrándolas dentro de un escenario más amplio resulta más fácil entender nuestro pasado y nuestro presente en toda su extensión y complejidad.

Una de las políticas más empleadas por Alemania en la persecución de sus objetivos fue el *divide et impera*, un recurso dominante en el repertorio de estrategias de dominación imperial desde tiempos inmemoriales. No es casual que el propio Hitler se inspirara de forma declarada en el enfoque seguido por los británicos en la India desde el siglo XIX, haciendo referencias constantes a su política colonial. «Aprendamos de los ingleses», decía un mes después de dar inicio a la invasión de la Unión Soviética, «que con 250.000 hombres, incluyendo 50.000 soldados, gobiernan a cuatrocientos millones de indios»; dos semanas más tarde añadía que los británicos

«mantenían bajo control esas multitudes garantizando a unos pocos hombres un poder ilimitado». ⁸ Esa praxis, que fomentaba las diferencias y discordias entre los propios sometidos, hizo que los poderes coloniales pudieran prevalecer y presentarse como árbitros o mediadores, a la par que continuaban favoreciendo a unos en detrimento de otros de acuerdo con sus necesidades. Además, los conflictos generados por su propia presencia acababan reforzando ese prejuicio tan occidental de la supuesta tendencia endémica de los *pueblos inferiores* a la violencia y a la disgregación, y derivado de todo ello su presunta incapacidad para prosperar, deslegitimando a los colonizados en su afán por gobernarse a sí mismos. También los alemanes y los japoneses explotaron a fondo este recurso en los territorios que ocuparon durante la Segunda Guerra Mundial, basándose en prejuicios de tipo racial y político y encontrando aliados dispuestos a colaborar con sus proyectos imperiales en todos los rincones de Europa y Asia.

El trabajo que el lector tiene en sus manos es una versión muy ampliada y revisada de lo que fue mi tesis doctoral, defendida en junio de 2017, después de cinco años de trabajo en bibliotecas y archivos de todo el continente. La investigación original se ocupaba de estudiar la experiencia de guerra de aquellos individuos y organizaciones de Francia, Valonia y España que decidieron colaborar y estrechar lazos con la Alemania nazi. En aquel trabajo ahondaba en sus motivaciones para ello y en su particular comprensión de la Segunda Guerra Mundial, que entendieron como una lucha político-militar en dos escenarios simultáneos: el Frente Oriental y sus respectivos países de origen. Así se explica la puesta en marcha de las unidades nacionales de voluntarios que combatieron en la guerra germano-soviética dentro de la Wehrmacht y las Waffen-SS, cuyo reclutamiento y sostenimiento fueron impulsados por los fascismos locales con la anuencia de las autoridades alemanas. Esta fue su particular manera de contribuir a la destrucción del comunismo, que a sus ojos aparecía como el enemigo existencial de la civilización europea, y en última instancia fue la forma de reivindicarse ante los nuevos amos del continente, con la mirada puesta en tomar parte del reparto de poderes y tareas que darían lugar al Nuevo Orden invocado por el Reich. Sin embargo, este libro desborda con mucho el marco y los casos de estudio de lo que fuera aquella investigación, que se puede leer como un complemento de la presente obra, ya que constitu-

yen dos trabajos originales con contenidos diferentes, por mucho que ambos nazcan de las mismas preguntas.⁹

En las próximas páginas me sumerjo en la realidad de los aliados del Tercer Reich dentro de los países ocupados de Europa Occidental: Francia, Valonia, Flandes, Países Bajos, Dinamarca y Noruega, así como también de la España franquista, situada bajo la esfera de influencia alemana desde la guerra civil. Más allá de algunas referencias puntuales, quedan fuera del análisis el complejo caso de Italia y el de los colaboracionistas en los territorios balcánicos, centroeuropeos y soviéticos bajo el control del Eje, algo que habría exigido un trabajo de varios años más, al menos dentro de los estándares de calidad y exhaustividad que inspiran este libro. Aun con todo, las dificultades que plantea cada caso de estudio y la propia magnitud de los debates historiográficos que giran en torno a ellos me han obligado a pensar mucho en la mejor manera de transmitir el resultado de mis investigaciones. En este sentido, he querido plantear un relato atractivo y sugerente sin renunciar a que fuera lo más omnicomprendible posible, todo ello siguiendo un recorrido cronológico. También he huido de un relato sistemático y descriptivo de la vida bajo cada régimen de ocupación y de las relaciones del Reich con sus aliados, dado que contamos con multitud de obras de referencia que abordan cada caso específico de forma metódica, tal y como el lector podrá ver en las notas que acompañan a cada pasaje de la obra.

Mi objetivo ha sido iluminar los aspectos más destacados del colaboracionismo y las formas de dominación del Reich, junto con las diferentes concepciones del Nuevo Orden y las políticas del fascismo europeo en su intento por hacer realidad sus proyectos. La selección, el descarte y el estudio de fuentes y bibliografía especializada me han llevado a situar en el foco del análisis ciertas trayectorias, sucesos y relaciones que nos sirven de atalaya para observar algunos de los principales problemas de la Segunda Guerra Mundial, pero también de los años previos y posteriores a esta. Para ello engarzo pequeños ejercicios biográficos y de microhistoria, tomando como eje del relato a individuos de primera, segunda y tercera fila, a organizaciones colaboracionistas y alemanas, y a unidades militares de voluntarios extranjeros, cuyo recorrido reconstruyo con mayor detalle allá donde resulta relevante. Voy desgranando de forma pormenorizada mis interpretaciones al mismo tiempo que abordo las relaciones y conflictos que unos y otros mantuvieron entre sí, situándolos dentro del

contexto más amplio en que se movieron y saltando entre diferentes escenarios para dar con las claves del periodo. Los casos de estudio no siempre están representados por igual, aunque he intentado mantener el mayor equilibrio posible entre ellos para entenderlos en paralelo, dentro de las limitaciones y las elecciones que impone la ejecución de un proyecto tan ambicioso como este. Nada de esto habría sido posible sin un conocimiento exhaustivo de las preocupaciones de los contemporáneos, del clima político-cultural en el que vivieron (y que contribuyeron a crear) y de las principales problemáticas de su tiempo. Así se observa en los capítulos 1 y 2, que sirven como introducción y contextualización para el grueso de la obra.

Lo que ofrezco aquí es una historia de Europa en la primera mitad del siglo xx a partir de un ejercicio combinado de historia cruzada, comparada y transnacional que nos acerca a la Segunda Guerra Mundial de una manera diferente, es decir, a ras de suelo y desde los márgenes del Tercer Reich.¹⁰ Resulta imposible subestimar la importancia crucial que tuvo la experiencia del colaboracionismo en la Europa ocupada, sobre todo en las comunidades locales y en los países afectados. El conflicto contribuyó a acercar realidades hasta entonces distantes, y muchas veces lo hizo de manera trágica, sobre todo a través de las operaciones militares, de la conscripción laboral o del encierro en campos de concentración, de exterminio o para prisioneros de guerra. Sin embargo, en muchos otros casos estrechó aún más el escenario en el que se habían movido hasta entonces la mayoría de europeos, cerrándolos sobre sí mismos y sobre su entorno, limitando sus oportunidades, sus propias expectativas vitales y su horizonte material. La guerra dio un peso central a las relaciones intrafamiliares e intracomunitarias, fortaleciéndolas o rompiéndolas, e hizo que la vivencia del día a día fuera más belicosa y opresiva, agudizando la violencia. A pesar de que el conflicto devino total, dejando sentir sus consecuencias sobre millones de personas, la existencia adoptó una dimensión más local e inmediata que nunca.¹¹ De ahí también la importancia de estudiar a los colaboracionistas y a los voluntarios extranjeros en concreto, que a pesar de la marginalidad y del aislamiento que sufrían en sus lugares de origen desde antes de la guerra bajo el amparo de las autoridades ocupantes pasaron a estar en el centro de la vida de sus países. Esto acabaría teniendo graves consecuencias tanto para sus conciudadanos como para ellos mismos, que quedaron estigmatizados por su deci-

sión de colaborar y por todos los abusos y complicidades que ello solía conllevar.

Los colaboracionistas casi nunca actuaron movidos por una germanofilia ciega. En casi todos los casos, la decisión de cooperar con el ocupante tuvo mucho que ver con un cálculo racional de costes y beneficios repetido en infinidad de circunstancias por individuos de todas las escalas sociales, y que por tanto partían de situaciones muy diversas. Unas veces se explicaría por el deseo de mantener activos sus negocios y sus actividades económicas, en tanto que fuente personal de ingresos y riqueza, caso de industriales y capitalistas de todo el continente, o incluso por el deseo de evitar males mayores al propio país, caso de ciertas élites tradicionales, convencidos de que cooperar era la mejor garantía para evitar que los alemanes tomaran todo el control. También hubo, dentro de la derecha contrarrevolucionaria en general, quienes vieron una oportunidad histórica irrepetible para ganar posiciones de poder e influencia sin precedentes, al tiempo que desplegaban sus propias agendas políticas a la sombra de las potencias agresoras. Por supuesto, donde hay idealistas hay oportunistas, y colaborar fue visto en muchos casos como una vía para prosperar a nivel personal, y en otros tantos como una forma de sobrevivir, dado el escenario de dificultades y necesidad que generó la guerra y la ocupación. De hecho, la mayoría de los que optaron por alinearse con el ocupante hubieron de ser consecuentes con su decisión hasta el final, porque pronto se puso de manifiesto que a ojos de sus convecinos se habían convertido en traidores. Esto comprometió la integridad de familias enteras, marcadas por el colaboracionismo de uno o varios de sus miembros, sobre todo cuando los movimientos de la resistencia ganaron en osadía y determinación, haciendo de los fascistas autóctonos y de sus simpatizantes el objetivo preferente de sus violencias.

Por mucho que fueran sus aliados, las autoridades alemanas pusieron en situaciones muy comprometidas a los colaboracionistas: nunca contaron con ellos para diseñar las políticas de ocupación; no dudaron en utilizarlos como ejecutores y facilitadores de cara a promover y defender los intereses del Reich allá donde resultaran útiles; los abandonaron sin dudarlo cuando no entraban dentro de sus cálculos, lo cual servía de paso para poner de manifiesto su dependencia; y, por supuesto, fomentaron las divisiones en el seno de sus organizaciones con el único fin de reforzar la posición dominante de

Alemania. Para legitimar este proceder, las autoridades del Reich invocaron el derecho de conquista y su supuesta superioridad racial-cultural sobre las sociedades sometidas. Es más, muy a menudo los nuevos amos del continente forzaron a sus aliados a adoptar discursos y políticas que socavaban su propia credibilidad o que iban en contra de los principios que habían predicado en el periodo de preguerra, situaciones que estos últimos acataban por convicción, por falta de alternativas o con la esperanza de que la obediencia y la sumisión acabaran siendo premiadas con el poder en sus países. Hubo tantas casuísticas como países ocupados, regiones y ciudades dentro de estos, tantas como organizaciones, militantes o simpatizantes implicados, pero en el caso de estos últimos lo más común fue que su margen de acción e independencia quedaran dramáticamente reducidos por imperativo alemán. La norma fueron los escenarios asfixiantes marcados por las luchas intestinas y las intrigas entre colaboracionistas, al tiempo que su conversión en meros ejecutores de los designios de los ocupantes, todo ello en un vano intento por conseguir el favor de sus señores para sus propias agendas políticas.

Nada de esto les exime de responsabilidad ni hace de ellos mártires o incomprendidos, como muchas veces se han descrito a sí mismos o como ha querido presentarlos el revisionismo conservador y de ultraderecha. No solo cooperaron con políticas criminales, sino que sus propias prácticas y proyectos también lo fueron. Sus objetivos personales y colectivos pasaban por el establecimiento de regímenes totalitarios en sus propios países dentro de un Nuevo Orden tutelado y encabezado por Alemania, algo que habría tenido como resultado la privación de libertades, a la par que la eliminación sistemática de los enemigos políticos y de aquellos considerados como *indeseables*. Eso por no hablar de los planes para encuadrar y adoctrinar a la población de forma masiva y forzosa a través de la educación y de la pertenencia a ciertas organizaciones sindicales y políticas. Tampoco hay que perder de vista que las propias políticas de ocupación, con el saqueo sistemático de las riquezas del continente a manos del Reich, crearon las condiciones de miseria y desorientación donde resulta más comprensible el fenómeno de la colaboración en todas sus manifestaciones, complejidad y capilaridad extrema. Miles de los europeos y europeas que antes o después optaron por auxiliar a las fuerzas invasoras actuaron movidos por la necesidad de sobrevivir y garantizarse un sustento en circunstancias casi siempre difícil-

les. Es más, el colaboracionismo fue simple y llanamente una expresión más de un proceso muchísimo más vasto de depredación y movilización de los recursos humanos y materiales del continente en beneficio de la maquinaria de guerra alemana.¹² Aun con todo, quienes acabaron sumándose al voluntariado que combatió en el Frente Oriental, procedieran o no de las organizaciones del colaboracionismo y se (re)integraran o no en ellas a su vuelta de la Unión Soviética, se convirtieron en auxiliares del Tercer Reich.

Resulta imposible entender la Segunda Guerra Mundial sin partir de la necesaria relación y simultaneidad entre hechos que a primera vista pudiera parecer que están desconectados entre sí. Fenómenos y medidas como el colaboracionismo y el voluntariado de guerra, la persecución de los judíos y los enemigos políticos, las políticas de exterminio y ocupación en Europa, la lucha en el Frente Oriental y la proclamación de la guerra total en 1943 no fueron tanto un fin en sí mismo como precondiciones necesarias en el intento por dar a luz ese Nuevo Orden fascista. Todos ellos estuvieron alimentados por realidades, perspectivas, instituciones y personalidades muy diversas, entre ellas las del ámbito del propio colaboracionismo, que fueron determinantes en el curso del conflicto y en el futuro de las sociedades europeas, aunque no tanto ni del modo que habrían querido sus militantes y simpatizantes. Este libro no sitúa en un lugar central las vivencias de los europeos occidentales que marcharon al Frente Oriental, más allá de algunos pasajes puntuales como el epígrafe final del capítulo 3 o el inicio de los capítulos 4, 5 y 6. En este caso, mi interés fundamental era explicar cómo las experiencias y las elecciones de los voluntarios determinaron su manera de proceder cuando regresaron a sus hogares, una vez finalizaron sus compromisos contractuales con la Wehrmacht y con las W-SS. Para ello me centro en dos cuestiones fundamentales: la manera en que los fascismos locales se sirvieron de ellos como instrumentos de su relación con el Tercer Reich y de sus luchas domésticas por el poder, pero también hasta qué punto tuvieron la capacidad de condicionar por sí mismos la vida político-social de sus países.

Los capítulos centrales del libro analizan las variadas y cambiantes motivaciones que confluyeron en el colaboracionismo según el momento de la guerra; los diferentes perfiles políticos y trayectorias que le dieron forma; la manera en que se organizaron entre sí y los diversos problemas que se encontraron con el paso de los años; o,

también, las tensiones surgidas fruto de sus diversas relaciones de sumisión frente a las autoridades alemanas, sin olvidar los enfrentamientos con sus propios conciudadanos. A la hora de abordar el objeto de estudio resulta innegable la importancia que ha tenido mi condición de historiador contemporaneísta que trabaja desde España. Parte de mis inquietudes son una herencia de las dos generaciones de historiadores españoles que me preceden, incluidos los debates con mis coetáneos, con los que comparto un mismo proyecto historiográfico: romper con la supuesta anomalía del caso hispano en la Europa de las décadas de 1930 y 1940 y demostrar que los problemas de la sociedad española estuvieron imbricados con unas realidades, unas dinámicas y unos procesos que atraviesan el continente de norte a sur y de este a oeste. De ahí que el capítulo 5 esté dedicado a reflexionar sobre la lucha que tuvo lugar entre los colaboracionismos y las resistencias de cada una de las sociedades ocupadas por el Eje o sometidas a regímenes afines, incluida la España franquista. Dada la forma en que la violencia se enseñoreó de la vida social y política, junto a lo abultado de las cifras de agresiones, heridos y muertos, no es de extrañar que cada vez más historiadores apuntemos a la existencia de verdaderas guerras civiles. A ello cabe sumar el resultado final, que no solo dejó comunidades muy fracturadas, sino que además situó la depuración del colaboracionismo en un lugar prioritario dentro del proceso de refundación político-social de posguerra, tal y como veremos en el capítulo 7 que cierra este libro.

Esta investigación pone de manifiesto lo difícil que resulta reducir los fenómenos humanos a tipos ideales o definiciones basadas en mínimos comunes denominadores, por mucho que forme parte de lo que cabe esperar de los historiadores y científicos sociales. Efectivamente, no puede haber historia sin una simplificación que haga aprehensible ese pasado necesariamente complejo, pero la realidad es tozuda y se resiste a ser atrapada en un simple libro. Así pues, un ejercicio como este requiere de muchas precauciones y de grandes dosis de honestidad sobre los propios límites del conocimiento. Los trabajos pueden ser más o menos relevantes y fiables, pero todos se acaban viendo desbordados por nuevas preguntas y debates, viejas interpretaciones revisitadas o recuperadas en el presente, matices y sujetos de estudio que arrojan nueva luz, y quien escribe estas líneas cree que tal cosa siempre es buena señal. Esto pasa por entender que los individuos que vivieron la Segunda Guerra Mundial y el fascismo

fueran sus víctimas o sus ejecutores (o ambas cosas en diferentes momentos), tuvieron su propia manera de entender ambos acontecimientos, a veces los hicieron suyos de diferentes maneras, casi siempre mantuvieron cierta capacidad de decisión y, de hecho, la ejercieron en coyunturas cambiantes, por mucho que su margen de maniobra se fuera estrechando con la evolución del propio conflicto. Por eso, resulta poco recomendable abandonarse a las disquisiciones teóricas sin mantener los pies sobre el terreno, algo que es demasiado común en cierta historiografía de corte más cultural que se ha dedicado al estudio del fascismo y de los conflictos armados.¹³

En definitiva, el fascismo y el colaboracionismo no fueron artefactos culturales. Este trabajo se enmarca en los estudios sociales que han abordado ambos fenómenos recordándonos sus dimensiones más prosaicas y miserables, pero también lo que supusieron para la vida en el continente. Esto nos sitúa en unas coordenadas muy diferentes a la cuasifascinación en la que a veces parecen moverse muchos de los que analizan sus manifestaciones estéticas, obnubilados y perdidos en los laberintos de sus discursos y de sus propuestas supuestamente revolucionarias. Entender la extrema riqueza de fenómenos como el fascismo y el colaboracionismo, objetos de estudio de este trabajo, pasa por atender a las trayectorias personales de aquellos que los vivieron, que actuaron en su nombre o que se enfrentaron a ellos, así como a los resultados de sus praxis políticas. Por tanto, este libro aspira a ser una pequeña ventana desde la cual podamos contemplar la vida de las sociedades europeas en un momento en el que millones de personas se vieron empujadas hacia un mismo cuello de botella. Para ello tomo retazos significativos de ese pasado que podemos explorar a través de la documentación, ofreciendo una mirada descentralizada sobre el terreno a partir de un mismo centro, el Tercer Reich, uno de los polos en torno a los cuales pivotó el destino de Europa durante aquellos años.

La idea no es abrumar al lector con el despliegue de nombres, instituciones, organizaciones y emplazamientos que aparecen en estas páginas, sino acompañarlo en un viaje a través del continente a lo largo de los años treinta y cuarenta. He querido mostrar lo que los colaboracionistas europeos tuvieron en común y lo que no; qué podemos aprender a través de ellos sobre la Europa nazi, sobre el fascismo o sobre la Segunda Guerra Mundial; pero también qué nos dicen sobre la naturaleza humana, sobre el funcionamiento de las sociedades

y sobre los conflictos armados en general. Al fin y al cabo, el objetivo último de cualquier historia y de cualquier historiador es buscar respuestas a las grandes preguntas y garantizar que las próximas generaciones encuentren un mundo donde poder seguir haciéndolas. Además, en lo que a mí respecta, soy de los que entienden la historia como un arte de narrar, pues nació siendo precisamente eso: un vehículo para alimentar nuestra curiosidad, invitarnos a extraer nuestras propias conclusiones y plantearnos nuevas incógnitas. De ahí también que haya optado por un tipo de relato que nos sumerge en diferentes situaciones y vidas, al tiempo que nos proporciona herramientas de análisis y visiones de gran alcance. Una narración accesible y atractiva nunca debería estar reñida con la profundidad interpretativa, y eso es precisamente lo que he intentado ofrecer en este libro.